



EL FRAILE

GRAN COLECCION DE MEDITACIONES, EPÍSTOLAS, COLOQUIOS, JACULATORIAS, CORREAZOS, CANTO LLANO, SOLFEO, VÍSPERAS Y MAITINES; CON PETRATOS, PAISAGES Y GRUPOS DE ANIMALES, TOMADOS DEL NATURAL.

POR EL REVERENDO P. F.^a CANDIDO MEDINILLA.



EXCMO. SR. D. PRAXEDES MATEO SAGASTA.

Madrid á los dos dias del mes de las confusiones liberalescas (Diciembre) segundo año de la egira democrática.

Excmo. Sr.: Con sobra de voluntad y limitado entendimiento me aparejaba á poner en escritura lo que la imaginacion me fuera prestando en pró de vuestra grandeza y loor, cuando Sancho, vuestro amigo y digno compañero, me atajó en mi acertado propósito, encareciéndome la necesidad urgente que él tenia de sustituirme en esta sazón, como probanza de entusiasmo y agradecimiento al don político que le habedes concedido con pecho y ánimo generoso. Sea Panza, por lo tanto en este dia, el merecido corresponsal de V. E., disimulándole las imperfecciones en que pueda caer su discurso, por ser el suyo tan atenuado y recluta en el arte de expresar sus ideas, como el vuestro tan supino y embalsamado con los perfumes de las flores progresistas.

Y habla ó escribe Sancho Panza.

«Sr. D. Mateo: Mi dignísimo compañero. Disimule, si la flaqueza y poquedad de mi entendimiento no derrama en este papel toda la candela que ha merester el juicio

para inflamar al que pretenda veros á los luminosos cambiantes de la vuestra fosfórica principalidad; y que tenga que arrimarme á *La Gaceta* y á *La Iberia*, para sacar de tan ricos y poderosos manantiales las maravillas del habla castellana y el primoroso ornamento de la literatura que brotó al sonoro compás de la herradura de los cuadrúpedos alazanes que atravesaron el Puente de Alcolea.

»Por esta razon, señor, y mi amigo, he llenado los esqueros de todas aquellas frases y palabras que con mas sonoridad y mejor timbre se me han pegado á las orejas, á fin de que habiendo de ser falto de ideas, no lo sea de música, y pueda V. E. sacar su deleite y reconocer el afanoso artificio de mi radical cacúmen. Disimúleme otrosí, si en esta mi determinacion ando algo demasiado, y paso muy por delante de los límites de la confianza, aunque he presupuesto que habremos de tratarnos en el advenir con sobrada llaneza, para que encajone bien un refran que yo me compongo, y que diga: «Entre progresistas y soldados cumplidos disimulados.» Bien es cierto, que hay otro adagio que dice: «Que la mucha satisfaccion es causa de menosprecio», y creo que si la familiaridad sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo, ni freno que la corrija, y de aqui indubitablemente proceden las bellaquerías que os hacen vuestros amigos de Setiembre, y el menosprecio (¡nunca merecido!) con que os tratan y muerden los republicanos; que estas y otras grangerías de mal linaje saca la amistad de los compadres cuando todos á un tiempo meten la mano en el zurrón de los mendrugos; que los que salen con las manos vacías se desesperan y baldonan al que roe la corteza y se relame con la victoria. Pero tambien es menester que pensemos en que la mas grande parte de vuestros camaradas, que hoy lo son igualmente míos, tienen menos de Dios que del mundo, y mas de carne que de espíritu, y sobre mi, si lo errare, que estudiándolo voy todo para no pecar de ignorante, cuando tenga la sin par ventura de verme en el Congreso melido entre mis dignos camaradas los demócratas y los progresistas, si es que para entonces no son aquellos materia de superabundancia y estorbamiento para el anchuroso y profundo exófago del progresismo; porque cuando es angosto el pesebre y muchas las caballerías, espere V. E. coces y mordiscos y contusiones para los arrieros.

Y otra vez pido perdon si le asientan mal mis comparanzas, que todavia no he pasado por la criva del pulimiento del cual me separo, si acierto con la perfeccion del símil y la verdad del pensamiento. Y sepa V. E. que allá en mis niñeces háme entretenido y deleitado el artificio sonoro del bien rebuznar, y que me las apostaba con mis compañeros y cómplices en estas majaderías; y cate V. E. por qué tengo mi poco de recelo para cuando me presente en las Córtes, porque como la ciencia de rebuznar es como la de nadar, que nunca se olvida, temo salir el momento menos cabilado con un son de esta guisa, y que se miren los unos á los otros empujando las orejas, y alarguen el hocico, y el presidente se amosque, y presuponga que aquello es cuadra y no palacio, y sea yo el involuntario causante de tan feroz y tremendo desaguizado, que á música de rebuznos, no hay mas contra punto que el de vara-palo. Bien, que para disimulo y correccion de tan raras y añejas inclinaciones, procuraré arrimarme á V. E. muchas veces para inflar mi cabeza con los pedazos sueltos de la vuestra retórica y para no caer en la pesada monotonía del amigo Becerra, que artificioso y mañero ha topado con la forma de ser hombre parlamentario, no por boca de ganso, si no por la boca y los despachos telegráficos de Caballero de Rodas, para leer los cuales se levanta un día y otro día mas allá, y de esta manera sale del aprieto, y su palabra firme, cautelosa y bien acentuada con su correspondiente meneo de brazos, queda fijada con tinta en las sesiones que se imprimen en la Imprenta Nacional; y no se dirá que Becerra no habló. Yo, Sr. D. Mateo, sacaré las hijas de mi sapiencia de mi propio entendimiento, y á Dios rogando, con Prim gozando y con Fi-

guerola espirando, quédese en paz vuesañoría meditando circulares para recreo de vuestros gobernadores y enagenamiento y pasmo de la sabiduría.»

»Le saluda reverencioso y con gentileza el menor de sus criados, pero el de mas alzada de entre sus admiradores.» — «SANCHO PANZA.»

Saboread como mejor os cuadre la carta que os incluyo, perdonando los deslices y desaciertos, del que se encuentra en los primeros barruntos del estilo epistolar; aunque es de esperar, que andando los tiempos, se infiltre con ventaja en los principios de nuestra era.

Con singular acatamiento os saluda este vuestro admirador y hermano en Jesu-cristo.

FR. CÁNDIDO MEDINILLA.

COLOQUIOS Y CORREAZOS.

§ XXIII.

Donde se apunta la parte que lleva elaborada Sancho Panza del discurso que prepara á las Constituyentes.

Las noticias que recibe Sancho acerca de su elección para diputado, son cada día más lisonjeras, pues que le afirman y aseguran su victoria desde las más elevadas regiones oficiales; y ceten justificada su alteración, y naturales sus agitaciones, al extremo de meter el pan en su boca sin pizca de apetito ni reposo, y de que en lugar de dar sus ojos al sueño los mantenga en continua centinela y desvelo, para amargura de su atribulado espíritu, para enojo de su buena Teresa, que se apesadumbra de verle tan desconcertado, y para pesadumbre de su hija Mari-Sancha, que se duele y lamenta de ver á su padre tan huérfano y ayuno de tranquilidad. Aunque dicen, que el mal ageno de pelo cuelga, no soy tan corto de caridad que no me lastimen y quebranten las angustias y zozobras de Panza, pues cada día voy descubriendo tierra de los males que han de venir sobre el pobre escudero, al considerarle tan metido en las andanzas de la política, que jamás fueron saludables ni propicias, lo mismo en la prosperidad que en el caso adverso.

Bien es verdad, que lo que trae á Panza tan aturrido y desatinado no es caso de muchachería, que se está componiendo y aderezando el primer discurso que intenta pronunciar en las Constituyentes el día primero que pida y le concedan la palabra. Metido en los abismos de la retórica, y tomando por modelos, según mis consejos, los discursos de D. Antonio Ríos Rosas, le sonaron á él mucho mejor los de Castelar, por haberlos encontrado más músicos, más huecos y más apropiados para decir mucho sin haber dicho nada; y más pegado á este propósito que á su concha la tortuga, ha dado comienzo al introito de su discurso, del cual me ha dado la muestra para que yo la corrija, y es del tenor siguiente:

«Señores diputados: La historia de los pueblos es la historia de la humanidad, la que combatida por los elementos gloriosos y las peripecias angustiosas de lo finito, vienen á describirnos la órbita sensata y magestuosa donde espira el porvenir de las naciones y las ansiedades de la terapéutica con todas sus consiguientes emanaciones. No medigais que no, señores, que al opaco y dudoso reflejar de la antorcha luminosa de la revolución de Setiembre, estoy viendo la tupida y amortiguada transparencia del sér melítico de la sabiduría y las vapóreas ondulaciones de la espontaneidad arquitectónica de lo porvenir. Cicerón, Ferrer del Río; Demóstenes, Lorenzana; Arquímedes, Ruiz Zorrilla; Fenelon, Prim; Aristóteles, Sagasta; Mahoma, Becerra; Pitágoras, Coronel y Ortiz; Alejandro Magno, Izquierdo; Julio César y Topete. Hé aquí, señores diputados, las eligies venerandas, que gimen con la sonrisa en la boca las efemérides, por donde surcan y serpentean los inmarcesibles lauros de la civilización contemporánea, llamada por el poder de la moral y de la concupiscencia á los lares de la concordia y de la confraternidad absoluta de la muchedumbre.

»De los líquidos cristales que besan y circuyen las murallas argentinas de la antigua Gades, salieron estrepitosos los gérmenes tutelares que nos llevaron al puerto bonancible de la radiante luz de entrambos emisferios. Gozad, hijos de Adán, ó como si digera, Adanes, del frondoso, ameno y

estéril Paraíso, que levanta en la copa de sus ópimos frutos la redención sublime y bienhechora de este mar sin golfo ni arrecife, que nos lleva por segura vía á la falange que nos levanta el templo de la inmortalidad.

»Hasta aquí, señores diputados, no os he dicho mi propósito, ni mis tendencias, ni el sarcasmo concreto de mis deseos. ¡Quiero un gobierno justo, que perturbando la encarnación del insomnio inconsciente, repare equitativo y funesto el desequilibrio natural de la alquimia financiera! ¡Quiero un gobierno sólido, que al desvanecer los escombros de añejas preocupaciones, se infiltre en las deducciones de la mecánica, y camine con rumbo torcido y certero al fin siniestro del radicalismo, posponiendo lo eventual á lo hechicero, lo confuso á lo caliente, lo verdadero á lo digestivo, y que marchando por este carril sin levadura ni entorpecimientos, clavemos en las playas del desierto el flamigero pendón de Serrano, con los demás pendones que le surgen, asimilan y definen.

»Creo, señores diputados, haberme hecho comprender de S. SS. Pero si así no fuere, espero de la benignidad de mis imputrefactos compañeros, que atenúen los emolumentos de su crítica, que poco versado en las anfibologías de la incorrecta naturaleza, doy mi primer paso en el angosto y diáfano camino de la inmensidad parlamentaria, que es para mí el vehículo donde se cierne y esprime el dogma patético de la supremacía razonadora; el dogal donde se mecen las máximas internacionales de un pueblo contra otro; la cúpula donde principia y se afirman los embriones de la libre enseñanza... y finalmente, señores; este es el cóncavo receptáculo donde se expenden y formalizan las leyes documentales de la híbrida civilización; y el punto agudo donde reposadamente se asientan los timbres de nuestra glotona revolución.»

El pobre Sancho quiso decir gloriosa en lugar de glotona. No vi más escritura; creo que su obra no está terminada. Hasta el presente no hallo á su discurso mas que un defecto, y es haberse arrimado mucho á los discursos de Castelar, que al fin esto, más que imitación, parece un plágio.

§ XXIV.

De cómo los locos son el tormento de los juiciosos.

Sepultado en los altos y crecidos pensamientos de Sancho me encontraba, cuando acertó á entrar su hijo Sanchico, que puso en mis manos un rollo de papeles, que me dijo que dádole había un ordenanza de Santa Isabel de Leganés de parte de Cardenio. Enarqué las cejas, desenrollé los pliegos, y saqué de entre ellos un pequeño billete donde vi escritas estas palabras: «Remito á su paternidad el argumento del segundo acto de mi zarzuela, para que despues de leída y meditada, me escriba su opinión ó parecer por tener ambas cosas en mucho su inspirado autor.—Cardenio.» Dí un gran suspiro y exclamé: «Dios te ayude, Cardenio, y que la locura que me obliga á leerle, convertida en desengaño, te traiga la razón que tanto has menester.» ¿Cabe martirio mayor en el ánimo de un hombre de limpio razonamiento, que verse obligado á leer los discursos de un diputado sandio y los disparates de un poeta insensato? Esto y otras cosas me decía, pero no fui poderoso para desviar mi curiosidad de los papeles de Cardenio, y así es que, poniendo en orden y concierto sus sueltas páginas, leí lo siguiente:

«Acto segundo. El teatro representa un valle donde hubo flores, pero donde hoy no hay más que abrojos. Aparecen sentados en derredor de una mesa, en la que hay platos, botellas, copas, almejas, chorizo y camarones, Currillo, vestido de contrabandista, Zoquete, en traje de marinero, y Juan el Perdio, vestido de charran. Currillo puntea la guitarra, Zoquete toca las palmas y Juan canta:

«Empinad, compañeros, la copa,
y brindemos con hinno marcial,
al valor de la gente de leva,
cataplan, cataplan, cataplan.»

«Al último compás de esta copla, aparece Mariespaña vestida de manola y terciada la mantilla, la cual vista por los tres chulos se tevantán y se dirijen hácia ella para darla un abrazo. Mariespaña da un paso atrás, anteponiendo la mano que empuña el abanico, (porque la acción pasa en octubre, y todavía hace un poco de calor) y dice:—¡Alto caballeros...! al oír la palabra de caballeros los tres comensales se miran unos á otros con asombro, y dice Juan el Perdio:—¿Con quién habla esta muger?—Con vosotros, responde Mariespaña. ¿A dónde está mi madre? pregunta; y Juan el Perdio responde:—La hemos quitao de tu lao, porque no te honraba, y hemos venio nos-

otros en su lugar para darte la honra que necesitabas.—Es la chachi, dice el marinero.—Es mucha verdad, añade Curro, el contrabandista.—«Mariespaña mira á los tres de arriba á bajo con sonrisa burlona, y despues les dice: ¿Ma quereis escuchar?—Habla, responden los tres á un tiempo; arrastran sillas y se sientan en derredor de la manola. Esta se dirige á Juan el Perdio y le dice: «—Hombre no creí que tuvieras tan poca lacha, y que fueras capaz de hacer esa mala partia á tu comadre.—¿Yo poca lacha? exclama el Perdio poniéndose de pié y amenazando á Mariespaña mientras que Zoquete y Currillo le sujetan.—Dejadlo que me diñe, dice la manola sin levantarse de su asiento, que no será la primera vez que me haya maltrato. ¡Si es mu valiente! desde que er caballo lo metió por la tronera por casualiá, se le ha figurao que es er gigante Golisá, y que se come los niños cruos.»—Juan mira á Mariespaña con lástima, y dice á sus compañeros:—«La dejaremos, que ar fin es una probe mugé.—¡Y tan probe! prosigue Mariespaña. Mirad cómo me habeis dejao; ya no me quea más que este vestio de perca; ando casi en chancletas; ma veis entrapao con todo er mundo, y me voy goliendo, que vosotros, los que habeis venio á honrarme, me vais á empeñá hasta er meriñaque... Se oye una marcha guerrera; se levantan asustados los interlocutores, y ven venir por el fondo, cogidos del brazo al Zurdo, Domingo Azúcar, Piperola y Mateo seguidos de muchos desarrapados y cantando:

Muchachos por la pátria,
cartucho en el cañon,
ya ha llegado la nuestra,
comamos y haya union.

«Saludan con entusiasmo á Mariespaña, pero esta mira á unos con desprecio y á otros con miedo, y dice aparte: «Entre buena gente estoy metia.» Se sienta á un extremo del teatro, y apoyando sus brazos en el espaldar de la silla, y cruzando las piernas, contempla á todos con resignacion. Toma la palabra Zoquete, ocupando el centro y dice en alta voz: «—Vamos á cuentas, caballeros.» A esta palabra todos miran al fondo, creyendo que viene más gente, y Mariespaña suelta una estrepitosa carcajada. Zoquete y los demás se hacen los disimulados, y torna á hablar el marinero: «—Señores, yo me he comprometio á traer un padrastro á Mariespaña. Es un hombre mu decente, y sobre todo, ha diñao los parneses pa que se jaga el fregao. Se llama Anton Perulero —Compañeros, dice Juan el Perdio: yo soy de parecer de que Mariespaña no tenga más padre por ahora que á nosotros. Yo me encargo de ponerla decente mientras sea huérfana. «Y dirigiéndose á la Manola le dice: «—¿Te conformas?» Mariespaña contesta: «—Me tienes tan aburria, que ya me he tirao el alma á la esparda, y aunque sê, que vais á dejarme como mi madre me parió, no digo ya esta boca es mia. —Mira, dice Juan, si no te acomoda mi proteccion, yo te daré por padre interino á Currillo Domínguez; aqui le tienes, que aunque se la caio er pelo, es porque antes lo tenia de tonto, y er poco que le quea es de otra cosa.—¿Y con qué me vais á mantener? pregunta Mariespaña—Eso mos lo dirá Piperola, que nos oye, y que es un chavó mu entendio. Sarga usted, señor Piperola «Este se adelanta con pausa y gravedad, vestido de maragato, y dice solemnemente: «—Señora: en mis profundos cálculos y meditaciones, he llegado á comprender, que usted no está tan pobre como el vulgo supone. Guarda V. una cajita, en la que deposita algunos reales.—No son mios, responde Mariespaña atribulada.—Lo sé, contesta Piperola, pero V. me dará esa caja.—¡Eso es un robo! grita Mariespaña.—Lo será, pero yo necesito dar dinero al Perdio, que me atosiga... Ha dejado muchas trampas durante su confinamiento y es menester que cumpla como hombre honrado los compromisos contraidos. Además, su madre de V. tenia una casa, tierras, muebles, alhajas, y se lo venderemos todo. Además, tiene V. todavia en buen uso su meriñaque, ese abanico que lleva en la mano, ligas color de rosa.—¿Me las ha visto V? pregunta la manola.—Mí sabiduria penetra hasta las corvas, dice Piperola.—Además tengo judios que me prestarán dinero, dando en garantias esas prendas. Además, rebajaré sus haberes á vuestros criados y se los quitaré por completo á otros.» La muchedumbre se adelanta abriendo la boca y gritando. «Nosotros debemos ser los criados de Mariespaña; que se reparta el dinero entre nosotros.» Gran desconcierto á compás del himno de Riego. Bofetones, arañazos, bocados, coces, relinchos y rebuznos, y aparece Ruciopilla á cuatro piés gritando: «¿Quién me llama?» Golpe de platillos y cae el telon. Este es el primer cuadro del acto segundo.»

Y no teniendo mi paternidad sobra de tiempo para proseguir esta disparatada lectura, la aplacó para añadirle el viernes de la próxima semana.

HOJAS SUELTAS DE LA CARTERA DE UN FRAILE.

N. IX.

La expulsión de los jesuitas fué el principio de una série de calamidades, de contratiempos y de ruina para el Paraguay. Los que nada buscaban persiguiendo á los jesuitas fuera de sus propios intereses, no lograron su objeto, porque sus tesoros, que suponían acopiados en las arcas de los misioneros, no existían sino en ciertas imaginaciones exaltadas, al mismo tiempo que crédulas. Los que veían para sus granjerías nuevas regiones que habían de darles ganancias maravillosas, se ahogan en sus propias esperanzas por el carácter de los indígenas que los obligó á alejarse de los pueblos y renunciar al trabajo y al comercio, cuando les faltó el evangélico estímulo de sus misioneros, y los hombres de la administración, en fin, que pensaron en sus criaturas luego que hubo un país más que gobernar, y nuevos empleos de que disponer en él, nada encontraron cuando llegó el tiempo de tomar razón de esos pueblos, antes tan ricos y florecientes. El territorio de misiones tardó poco espacio en tornar á la barbarie después que fueron expulsados los que le habían enseñado la fé y la civilización.

La política pedía que el lugar que dejaban los jesuitas se ocupara inmediatamente, y esta fué también la intención del rey de España cuando los echó del Paraguay. Mas era compromiso árduo y apretado llenar aquellos sitios con hombres dignos de sustituir á los que los habían ocupado. No quiero tocar pormenores que puedan herir á gobiernos y á corporaciones que estoy en obligación de respetar, y mucho más, cuando lo que podía decir, con más grande elocuencia lo explica el hecho que presenciarnos de las misiones abandonadas, y á sus fieles en entera dispersión. Los campos de donde antes se exportaban grandes cantidades de tabaco y yerba mate, hoy están incultos, y no dan, ni al gobierno ni á los especuladores, más ventajas que las que ofrecerles pueden los valles y las selvas del Gran Chaco. De este modo la Providencia dá á los soberanos y á los pueblos lecciones que les enseñan á no poder destruir las obras que Ella inicia y desenvuelve sin prepararse para soportar las consecuencias de su proyecto temerario.

Grandes fueron los esfuerzos del rey para sostener las misiones y los pueblos fundados por los jesuitas en el Paraguay, y bien claramente lo demuestra una série de reales cédulas comunicadas á los capitanes generales del Plata, de Buenos-Aires, al obispo de la Asunción y al gobernador de aquella misma provincia. En ellas se dan las órdenes más terminantes para proveer á las misiones de párrocos, para nombrar corregidores celosos y capaces de llevar adelante los trabajos que existían por concluir, para atender al mantenimiento de los escuelas establecidas, y para no omitir medio que contribuyese á dar vida á los establecimientos que sostenían los regulares de la Compañía. Pero no todo lo pueden los gobiernos, ni los recursos de la administración son eficaces en todos los casos. La voluntad de un soberano muchas veces consigue menos que la de un particular, y los reales decretos que salen de palacio para producir su efecto al otro lado de los mares, dan el mismo resultado que el puñado de arena tirado al mar con objeto de cegararlo.

No meditaron bastante los que alucinados por relaciones apasionadas, escribían: «Si Muratori y Chateaubriant hubiesen conocido los pormenores de las misiones del Paraguay en la época de su expulsión, en vez de los elogios de que las colmaron en el *Cristianismo feliz* y en el famoso *Genio del Cristianismo*, habrían vuelto atrás despavoridos.» Moratori y el vizconde de Chateaubriant, al pintar con bellísimos colores, las escenas patriarcales que se realizaban en las márgenes del Paraguay y en el seno de las naciones cuyo nombre antes ignoraban los europeos, conocían los negocios que precedieron á la extinción de la compañía, y que apreciaban en su debido valor las relaciones que del Paraguay, del Brasil y de Méjico, escribían contra ellos hombres apasionados. Es muy mal modo de objetar, hacer deducciones sobre hipótesis que ofenden la ilustración y la cordura de escritores universalmente reputados como sabios y como políticos honrados. Ni el vizconde de Chateaubriant, ni el profundo Muratori habrían celebrado con el entusiasmo del poeta y el aplomo del político, la realización de la *República cristiana* en las misiones del Paraguay si al reverso del desinterés, de la abnegación y de la constancia que asombran, encontrasen indicios que les llenasen de horror y les hiciesen volver la cara inmediatamente.

Hago aquí punto á mis digresiones históricas para entrar otra vez en las peripecias de mi viaje.

CANTO LLANO.

Sancho Carrasco, del cual he podido colegir que tiene sus respuntos de reaccionario, encolezado sin duda porque Sancho no le ha respondido á los discretos parabienes que le dirigió desde su pueblo; y sabiendo además que Panza se ha cosido á la situación y á Pasamonte tan estrechamente, le ha remitido una carta y dentro unos versos que ha titulado *Trisagio liberal*, con lo cual se ha puesto Sancho tan incomodado y rabioso, que ha lanzado contra su paisano los más adustos improperios, y de tal modo se ha expresado, que he tenido que decirle, que enfrente la lengua, considere y rumie las palabras antes que le salgan de la boca, que no es el bachiller de grosera y villana tela tegido para tratarle de semejante modo. «Yo tampoco soy, me ha respondido, ningún echacuervos, ni hombre de mobatra, para ser el blanco de su descarada y atrevida mofa. Lea su paternidad, añadió, dándome los versos.» Y yo que tenía ganas de conocerlos, tomando la ocasión por la melena, é industriado y advertido de su enojo y del modo de aplacarle, leí en voz alta el *Trisagio*, que decía de este modo:

Ante el *requiem* que estos días
entonan en su motín
Serrano, Topete y Prim,
tres calabazas vacías,
que por distintos caminos
han de aniquilarnos pronto;
los españoles mohinos,
dicen: tonto, tonto, tonto.

Al ver que lleva ya traza
el valenton de San Gil
de sacarnos el candil
á relucir á la plaza,
haciéndonos genovistas,
según su opinión, muy pronto,
los españoles mohinos,
dicen: tonto, tonto, tonto.

Al ver á Zorrilla prez
de la libertad y el plato;
que imitando á Cincinato
quiere volver otra vez
á arar entre campesinos,
porque esto se va muy pronto,
los españoles mohinos,
dicen: tonto, tonto, tonto.

Viendo á Juan, Curro y Anton,
que al par que comen de gorra,
intentan con una porra
hacer callar la opinión,
que cunde sus desatinos
desde el Pirene hasta el Ponto,
los españoles mohinos,
dicen: tonto, tonto, tonto.

Al ver, que no importa un bledo,
á esta gente *peleona*
que se prenda en Tarragona
con la espada de Toledo
la espada de la justicia,
que es la de Bernardo, pronto,
desde el clero á la milicia,
dicen, tonto, tonto, tonto,

Al ver al pueblo ya harto
de un gobierno sin mollera,
que no encuentra un rey siquiera,
ni de esos de tres al cuarto;
nadie extrañe ya, que astuto,
al pedir se vaya pronto,
diga: tonto, tonto, tonto,
bruto, bruto, bruto, bruto.

VÍSPERAS Y MAITINES.

«¿Qué ha pasado hoy en el Congreso, pregunté á Sancho, el 27 viéndole entrar esa misma tarde? Y dijo Sancho: —El Sr. Sanchez Ruano ha dicho: «Señores, el juez de Reus ha mandado prender al alcalde de aquella población, por desobediencia y desacato á su autoridad. El comandante militar del cantón, el Sr. Terrones, exclamó: «¿Qué se entiende? ¿Cómo estando yo aquí se prende á un alcalde!» Y pone en libertad al alcalde y prende al juez, destituyéndole de su empleo. El capitán general de Barcelona le puso en libertad, diciéndole de paso, que agradeciera su benignidad pues estábamos en unos tiempos en que le podía mandar fusilar; y que no volviese á Reus, porque allí estaba el Sr. Terrones y el Gobierno había aprobado su conducta.

«Pero ahora, va á ver su paternidad la lógica y habilidad del Sr. Zorrilla para responder á los

cargos del Sr. Sanchez Ruano:» —Si su señoría supiese los servicios que el Sr. Terrones ha prestado á la causa de la libertad, las vicisitudes por que ha pasado en la emigracion, y lo que hizo en cierta noche para que pudiera llevarse á cabo el movimiento que inició la revolucion de Setiembre, no hubiera hablado de él como lo ha hecho ante la Cámara.» El diputado recuerda al ministro que por bastante menos se censuraba hace año y medio á las autoridades reaccionarias; pero el Sr. Zorrilla echa mano del latín y despampana á su contrario gritando: «*Distingue tempora et concordabis jura.*» ¿Qué quiere decir eso, padre? No sé latín y quisiera que su paternidad me lo tradujese. —Te lo traduciré, le dije. Eso quiere decir libremente traducido: «Es preciso distinguir los tiempos en que nosotros éramos perseguidos, y los que nos ponen en ocasion de apalea á los demas » Entonces, dijo Sancho, la respuesta ha sido digna del ministro de Gracia y Justicia.

COSAS DE LOCOS.

En mal hora se le antojó á Sancho Panza traer á mi casa al huésped Cardenio. Hubiérame yo contentado si el argumento de su zarzuela fuera la única mortificacion que me diera; pero se junta á esto su correspondencia diaria, dictada por el desórden de sus alucinaciones. Hoy se cree regente de la insula Barataria, y me escribe el pobre una carta concebida en los términos siguientes:

«Amigo Fr. Cándido: Quiero desahogarme con su paternidad. Esta insula ha llegado á los últimos términos de su degradacion. Los ministros que me cercan son una ristra de pillos y de hambrones, capaces de tragarse hasta las conchas y los caracoles de mis playas. El que más me atormenta y aniquila es Manolo Ternera.

«Hoy se me ha presentado un obispo contándome, que el otro dia le pidió una audiencia y que le estuvo haciendo antesala en compañía de otros varios pretendientes. Que estando esperando su turno para entrar, se presentó un hombre de calañé y zamarra, y dijo al portero: «Diga usted á Manuel que está aquí Joselillo.» —¿Por qué Manuel pregunta Vd? le dijo el portero. —¡Toma! por Manuel, por el menistro. —¿Por su excelencia, querrá Vd. decir? —¿Qué excelencia, ni qué ocho cuartos? Manuel; yo no le conozco más que por Manuel; digale Vd. que está aquí Joselillo.» El portero pasó recado, y tornó diciéndole: —«Su excelencia, que pase Vd. adelante,» entró Joselillo, y los que esperaban se quedaron con un palmo de narices. —«Conocen VV. á este hombre? —Si, dijo una señora; es un tabernero » El obispo se levantó, se fué, y me vino á contar la anécdota. ¿Qué hago, padre? Deme Vd. un consejo. «Suyo afectísimo. —CARDENIO.»

Y ahora digo yo. ¿Ha de llegar mi paciencia al extremo de tener que leer y responder á los delirios de este desgraciado, que se figura nada ménos que regente de la insula Barataria? Pero considerando mi paternidad, que lo peor que puede hacerse es contrariar ó rebatir las concepciones de un alucinado, porque esto sería aumentar su dolencia, me he limitado á responderle lo siguiente:

«Amigo regente: Tenga Vd. paciencia, y no se queje, que Vd. le ha nombrado, y ya sabía usted su procedencia. Pero consuélase con saber, que mientras mayor es la degradacion de un pueblo, más eficaz es el remedio, y más seguro el triunfo de la justicia. Suyo afectísimo amigo. —FR. CÁNDIDO.»

CONDICIONES DE ESTA PUBLICACION.

En Madrid. — 10 reales tres meses; 18 seis y 32 un año.

En provincias. — 12 reales, 3 meses; 22 seis; 40 un año, haciendo el pago directo; y 14, 20 y 40 respectivamente, suscribiéndose por medio de corresponsales.

En Ultramar y extranjero — 20 rs trimestre, 38 semestre y 72 un año.

Número suelto — medio real. Lámina un real.

Puntos de suscripcion en provincias — En las librerías principales y comisiones de empresas periodísticas.

Puntos de suscripcion en Madrid. — En la calle de Sevilla, num. 9, en todas las principales librerías y en la Administración situada en la travesía de la Mata, 7 y 9, principal izquierda, á donde se dirigirá toda la correspondencia y pedidos de suscripcion y á nombre de D. Antonio Boeio, administrador del mismo.

No se servirá suscripcion alguna sin que se acompañe, al pedido su importe, en sellos, libranzas del giro mútuo ó letras de fácil cobro.

MADRID: ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. VICENTE, CALLE DEL CLAVEL, NÚM. 4.